

Capítulo 1

Johnny contemplaba su ciudad por la ventana de la casita de las colinas que su familia había alquilado a toda prisa para emboscarlo tras su regreso imprevisto, inesperado, de la Roma trágica y lejana entre las septémplices mallas alemanas. El espectáculo del ocho de septiembre en la localidad, la rendición de un cuartel con todo un regimiento en su interior ante dos carros de asalto alemanes not entirely manned y las deportaciones a Alemania dentro de unos vagones emplomados habían convencido a todos, familiares y hangers on, de que Johnny no regresaría jamás. En la más feliz de las hipótesis, estaría viajando por Alemania dentro de uno de esos mismos vagones que hubiera partido de una estación cualquiera de la Italia central. Siempre había flotado en torno a Johnny una reputación imprecisa, gratuita, pero pleased and pleasing, de impracticidad, de estar en las nubes, de vivir en la literatura... En cambio, Johnny había irrumpido en la casa a primerísima hora de la mañana, pasando como una mugrienta ventolera entre el desmayo de su madre y la escultórica estupefacción de su padre, y se había desnudado vertiginosamente para vestir su mejor traje de calle (aquella antigua vicuña) y pasearse de arriba abajo con la pulcritud, la comodidad y la limpieza recuperadas, locamente seguido por sus padres dentro del

breve circuito. La ciudad era inhabitable, la ciudad era la antecámara de la evitada Alemania; la ciudad, con sus bandos de Graziani pegados en todas las esquinas, atravesada pocos días antes por una marea de desmovilizados del ejército procedentes de Francia; la ciudad, con un estandarte alemán en su principal hotel y las continuas irrupciones de alemanes procedentes de Asti y de Turín en camionetas que llenaban de terroríficos silbidos las calles desiertas y grises, proditorias: absolutamente inhabitable para un soldado en desbandada y sin embargo sometido al bando de Graziani. El tiempo para que su padre corriera a obtener el permiso del propietario de la casita de las colinas, el tiempo para que él mismo agarrara a ciegas una media docena de libros de sus estantes y preguntara por los amigos supervivientes, el tiempo para que la madre gritara a su espalda: «Come y duerme, duerme y come, y no te hagas mala sangre», y luego a la colina, a la emboscadura.

Durante una semana comió mucho y durmió más, leyó nerviosamente algo del *Pilgrim Progress*, de las tragedias de Marlowe y de los poemas de Browning, pero sin alivio, con una irritante sensación de empeoramiento. Y vio mucho paisaje, a modo de refresco íntimo, mucho paisaje (a veces dedicaba un cuarto de hora o más a un solo detalle), tratando de excluir los signos y los indicios de los hombres. La casita era una bobada pretenciosa, pero se levantaba sobre un espolón en librea de amor otoñal, que, a la salida de la ciudad, dominaba desde un precipicio el curso del río, el cual fluía entre orillas bajas como una inalterable colada de plomo, solemne-mente limoso por las primeras lluvias del otoño. In the stillness of night, su rumor escalaba susurrante el espolón hasta las ventanas de la casita, como al acecho. Pero a Johnny le gustaba el río, que lo había criado, junto con las colinas. Las colinas

dominaban el entorno, encerraban el entorno, cada vez más otoñalmente flou, con un remolino musical de vapores lentos, a veces ellas mismas no más que vapores; se cernían sobre la planicie fluvial y sobre la ciudad, malsanamente relucientes bajo un sol corrompido. Sobresalían las moles de la catedral y del cuartel, de ladrillo la una, grisácea la otra, y al observante Johnny ambas le parecían dos monumentos insensatos.

Los días de otoño, pese a ser de otoño, se hacían insoportablemente largos, y la ganancia obtenida con el sueño diurno se dilapidó enseguida en el insomnio nocturno, por eso pasaba noches enteras fumando con las piernas cruzadas y leyendo un gran fondo de lectura. *So mornings were diseased and night-mared.* Ahora el paisaje, descontando el gusto del rencuentro con la tierra nativa y vital, lo estomagaba. La literatura lo estomagaba. Puesto que aquel surfeit de comida y de sueño le borró por entero la vida militar, al cabo de una semana ya no sabía por dónde se empezaba a montar un fusil ametrallador, cosa que una semana antes hacía con los ojos vendados. Y estaba mal. Algo por dentro, punzante e icefying, le advertía de que estaba mal, porque las armas volverían a entrar en su vida, quizá por la ventana, a pesar de las resueltas decisiones y de los sagrados votos en contrario.

Sentía profunda y morbosamente la falta de la radio, pero sus padres, al menos de momento, no habían podido hacer nada para remediarlo. Empezó a obsesionarse por oír la voz de Candidus, *gluttoning on his own accent.* Su padre subía casi a diario *for several requests-annotation* y para referirle las noticias locales y nacionales, las de los cuchicheos y las que difundía la radio. Por su voz opaca, irremediabilmente anarrativa, Johnny supo de la liberación de Mussolini en el Gran

Sasso por obra de Skorzeny* («se lo han arrancado como una bandera de palio, no han sido capaces de disparar contra ellos in extremis, ni siquiera de ocultarlo de un modo seguro»), de la formación de un gobierno nacional-fascista en Alemania, del comunicado de Pavolini** en Radio Roma, devuelta por los alemanes a los italianos (vio con extraordinaria claridad y cercanía la cara meteca del jerarca e imaginó con gélida rapidez su eliminación física), y de la matanza de Cefalonia.*** En la ciudad, contaba su padre, no ocurría nada, por eso la gente se fiaba cada día menos y se encerraba cada día más en sí misma, morbosamente.

—¿Quién mantiene el orden público?

Los carabineros prestaban su servicio, pero con evidente renuencia y en los últimos tiempos con un despego palmario. ¿Qué otros desmovilizados habían vuelto? Por hablar de los peor desplazados: Sicco de Francia, Frankie de Spoleto, aquel de Brennero... «Piensa en los hombres sorprendidos en Grecia, en Yugoslavia, no digamos en Rusia...» Había muerto Gege, ¿cómo, no lo sabía? Trajeron el ataúd desde Montenegro, en el verano. La familia sostenía que había caído en combate, pero nadie ignoraba que se había suicidado de un tiro en la boca. Así pues, Gege, el absurdo veterinario, el hombre que lo había introducido en el dream-boyness... Nadie,

* Coronel de las Waffen-SS, operaciones especiales. (*N. de la T.*)

** Secretario provisional del Partido Fascista Republicano (República Social Italiana). En noviembre de 1943 anuncia la muerte del comisario federal de Ferrara. En pocas horas la represalia costó la vida de ochenta y cuatro personas. (*N. de la T.*)

*** Ejecución de más de cinco mil oficiales italianos de la división Acqui por los ocupantes alemanes en la isla griega del mismo nombre. Septiembre de 1943. (*N. de la T.*)

después de Gege, sería capaz de correr con los brazos como las alas de una gaviota.

Su primo Luciano había regresado felizmente de Milán a través de una marcha nocturna en el deep de los arrozales de Vercelli y en paralelo a la carretera retumbante de columnas de vehículos alemanes. Ahora estaba en casa, por supuesto, en su casa del extrarradio, en las faldas de la colina cuyo vértice habitaba Johnny. Su padre se iba:

—Y por nada del mundo te muevas de aquí arriba. Resiste. Si no quieres pensar en ti, piensa en nosotros, en tu madre. She agonized these last days.

Pero aquella misma noche Johnny decidió visitar a su primo en una hora lóbregamente propicia, cortando por la colina blanduzca. No aguantaba más aquella soledad de pesadilla, aquella visión fija de la tierra que se deshacía en la húmeda oscuridad como un puñado de arena bajo un agua callada e inexorable. Caminaba a ciegas. Pero ¿cómo se las componían los hombres para reconquistar así las posiciones desastrosamente perdidas, para recuperar toda su capacidad de mando, para castigar y matar y someter a sus leyes marciales, con un armamento exiguo y risible, enormes masas de hombres e infinitas extensiones de tierra?

El primo no había cambiado nada, solo unas entradas marcadas ampliaban su ya ancha frente... La costumbre militar se apoderó de Johnny y lo obligó a imaginárselo con el uniforme de oficial, pero el retrato no salió perfecto. Todo lo contrario —un contrario instintivo e irónico—, lo veía de niño, con sus largas medias negras hasta las caderas, que automática e ilógicamente le recordaban a Silvio Pellico.*

* Escritor italiano (1789-1854). (*N. de la T.*)

—Yo estaba de servicio en la Estación Central el ocho de septiembre y liquidamos enseguida a los dos primeros alemanes que llegaron en camioneta —decía su primo—. Fue sencillísimo, un castigo por la increíble desfachatez de presentarse en dos a conquistar la estación de Milán. Con nosotros había varios civiles, entre ellos un abogado. Te lo aseguro, una atmósfera irreal, embriagadora, de Cinco Jornadas...* y te advierto que el abogado de joven nada, era un vejete que se había puesto a mis órdenes al grito de «*Cedant togae armis*», y disparaba, él personalmente, y a mí todo me parecía una mascarada. Luego te das la vuelta y no ves a nadie contigo, mientras que los alemanes no hacen más que aumentar. ¡Lástima tener que tirar el uniforme flamante de nuevo, tirarlo para salvar el pellejo, después de lo que le había costado a la Unión Militar!

La tía andaba toqueteando los mandos de la radio. Johnny recordó aquella antigua adquisición hecha a propósito para escuchar el estreno del *Nerón* de Mascagni. El tío era melómano y habían reunido a la parentela delante del esotérico aparato para una audición.

El tío, un hombre montañoso y jelly, bajo la flagrante condena de la carne, soltó un chillido de miedo, hand-menaced a su mujer que regulaba el mando del volumen y, con un imprevisible falsete, le preguntó si le hacía gracia el fin de aquel fulano que, sorprendido por una ronda fascista cuando escuchaba Radio Londres, fue arrestado y retenido durante varias noches en una misteriosa celda con los pies desnudos metidos en agua helada. Johnny se esperaba Radio Londres, pero oyó una sintonía de apertura distinta y luego el anuncio de La Voz de

* Levantamiento popular contra las tropas austriacas en Milán. 18-22 de marzo de 1848. (*N. de la T.*)

América. El primo Luciano grinned humorously apenas fuera del halo de luz, la tía fue explícita:

—Nosotros preferimos La Voz de América. Estamos hartos de los ingleses, que son unos cerdos como lo somos todos en Europa. Los americanos son otra cosa, ¿no?, más limpia.

El speaker americano tenía una bonita voz, fascinante por su correctiva vibración twang, pero las noticias were under his voice. El gran desembarco de Salerno, comenzado con la previsión de un paseo hasta Roma, había embarrancado en las primeras estribaciones de los montes costeros. Luciano, que siguió la peripecia desde casa, contaba que incluso corrieron el peligro de verse arrojados de nuevo al mar, y que de todos modos habían caído, quieras que no, en la guerra de posición, y Johnny se dijo que la división que había visto en tránsito hacia Savona debió de luchar duro. Inútil, a primera vista te dabas cuenta de que era gente que sabía cumplir con su cometido. El recuerdo distante se los magnificaba: soldados titánicos, depurados de su hedor.

Siguió un comentario de Fiorello La Guardia.

—¿Y este quién es?

—El alcalde de Nueva York, imagínate —lo instruyó la preparadísima tía, que vivía solo para los turnos de La Voz de América—. Es italiano, un emigrante de nuestra época. ¡Piensa cuánto camino habrá recorrido para llegar a la alcaldía de Nueva York!

En el fonógrafo estalló la voz de La Guardia, intolerable para Johnny por su desmadrada inflexión sículo-inglesa, un repelente híbrido de córvido sudor siciliano y amarga asepsia anglosajona. Hablaba con una violencia accidentada, descortezando las palabras, cuyas astillas rebotaban secas e hirientes contra la rejilla del aparato. No se sabía si aquella voz pitched

estaba inspirada por el desprecio hacia sus antiguos compatriotas o por el odio mortal a los alemanes: todo para él era fácil, inmediato, definitivo, mortal. Gritaba: «¡A-tacadlos, atacadlos! ¡A-tacadlos con ba-tones y cu-hillos!».

Johnny y su primo se levantaron de un brinco, impulsados por el asco y la indignación. También ellos gritaban. «¡Atacadlos con ba-tones y con cu-hillos! ¡No ha visto los panzer de la Goering! ¡Pero si es el alcalde de Nueva York...! ¡En Salerno los americanos tienen mucho más que bastones y cu-hillos, pero no avanzan un paso! ¡Imbécil! ¡Imbécil de mierda! ¡Paleto!» La tía se puso de pie, muda, rígida, hinchada de admiración martírica, irreprimible y silente-agresiva por América y las cosas americanas, La Guardia incluido. Luego, aplacada, volvió a sentarse al aparato con el oído atento a desentrañar y atesorar el último grito de La Guardia, mientras que el tío, temblando con toda su mole gelatinosa, le susurraba que apagara, que lo importante estaba ya dicho y oído. No le hizo caso, se alzó de hombros ante el desasosiego sudoroso del hombretón que respiraba con los pitidos de un niño poseído y giró el mando al disolverse la última nota del cierre musical. Johnny y su primo, que paseaban con una rabia infinita por la angosta cocina, se detuvieron bajo la mirada a un tiempo crítica y amante de la tía. Levantó a la luz su cabeza ajada y argéntea y dijo:

—Es terrible tener ahora hijos de vuestra edad.

Johnny se sintió touché y se dijo que debía empezar a pensar en sus padres, ocuparse más de ellos y de su espíritu. Ahora se daba plena cuenta de que su padre envejecía.

Se despidió. Luciano le dijo que volviera la primera noche segura, si no tenía nada mejor, y la tía, con su animosa sobriedad, hizo un ademán para confirmarlo, pero el tío se despidió con una frialdad balbuciente.

—Ven tú a mi casa una tarde, Luciano —había musitado Johnny. El viejo, que lo oyó, dijo spelling:

—Luciano no se mueve, no volverá a moverse jamás.

El primo, no obstante, salió para acompañarlo durante un breve y ciego tramo del camino de la colina, hirviente de oscuridad frappée. No cruzaron palabra.

Agonizaba el primer otoño, a finales de septiembre la naturaleza treintañera se retorció con los fits de la menopausia: negra tristeza precipitada sobre las colinas despojadas de sus colores naturales, crueldad que cortaba el aliento en la plúmbea colada del río ahogador, que lamía el fango traicionero de las riberas bajas entre los chopos lejanos, lúgubres y multiplicados como una baraja de naipes manejados por un prestidigitador ante sus ojos surmenagés. Y el viento soplabá con una frecuencia impropia de la estación, con velocidad y fuerza innaturales, decididamente demoníaco en las largas noches.

Johnny escrutaba por la ventana la rectilínea de asfalto gris que desde la colina descendía hasta la ciudad, hasta el límite evidente con el adoquinado urbano. A primera vista, el movimiento y el tráfico habían disminuido, epidémicamente, y lo poco que quedaba estaba acelerado, así que los viandantes parecían activados de un modo muy cómico, como los personajes de una película de Ridolini, y en su ridiculez había un punto clandestino de angustia, ponzoñoso.

A gran distancia vio con toda claridad que su padre, aún en el asfalto suburbano, subía en dirección a la casita, y le impresionó el cansancio, la non-joy de su camino. Lo siguió durante todo el tramo descubierto, con el corazón derretido de amor y de piedad por el viejo... «Es terrible tener ahora hijos de vuestra edad». Cada paso de su padre hablaba de angustia y de abnegación, y el hijo, desde su altura lejana, tuvo la sensación de

que jamás podría recompensarlo ni en una centésima parte, ni siquiera con conservarse vivo. La única manera de resarcirlo, pensaba ahora, sería querer a su hijo como su padre lo había querido a él: el padre no recibiría nada, pero las cuentas cuadrarían en el libro maestro de la vida. Temblaba a causa de las ganas y de la resolución de recibirlo bien, como era debido, pero cuando el padre desapareció de su vista al aproximarse a los primeros escalones de la casita, Johnny, con una grinning ansiedad, pensó automáticamente si le traería los cigarrillos.

Sí, aunque una ración inferior a la habitual, y un montón de periódicos. Johnny encendió convulsamente uno de los pitillos y desplegó un diario. El juego continuaba, el fascismo se recuperaba lento pero seguro, con una organicidad que jamás se le habría reconocido. Todos los periódicos se realineaban, barridos ya aquellos efímeros directores del interregno que habían escrito el artículo de fondo sobre la libertad, la tragedia saludable y la vuelta a los eternos e imprescindibles valores occidentales. Una foto de un destacamento militar reorganizado, hombres de Graziani que habían renegado del juramento al rey para prometer fidelidad a la *foederis arca germanica*: parecían atléticos, eficientes en extremo, infinitamente más que los destacamentos análogos del extinto Ejército Real, modernísimos, germanlike, todos con sonrisas de una confianza explosiva, con un resultado visual gusanoso, abierta y deliberadamente fratricida. Pero el apogeo lo alcanzaban las fotos de los legionarios de la Ettore Muti, que llevaban armas ultramodernas en los antiguos dominós de la marcha sobre Roma, Parabellum en bandolera sobre negros jerséis de esquizador con la orla estañosa de la calavera. Aunque, bien examinados, destacamentos desequilibrados, compuestos de viejos y niños, de veteranos, novatos y mascottes.

Johnny levantó los ojos del periódico para mirar a su padre, que estaba sentado con un discreto descuido en la cheap silla de mimbre, la cabeza un poco oscilante a la discreta luz de la tarde rapidly-decaying. La angustia, la desesperación, el hecho de verlo todo negro le daban una configuración pétreo de egipcio o de azteca: los sentimientos elementales a flor de piel los congelaban a todos en una iconicidad antigua y anulaban, como constataba Johnny, siglos de progreso en la forma de conducirse.

Volvió a hundirse en el periódico, otro. El fascio dominaba de nuevo las grandes ciudades, desde las que se extendería a las pequeñas y a los campos como una mancha de aceite asfixiante. Los periódicos subrayaban en particular que los obreros obedecían los bandos, que todos habían vuelto al trabajo y que lo desarrollaban con total regularidad. Así pues, se reorganizaban, estaban lejos de morir y serían duros, y al pensar en esa reorganización y en esa resistencia a la muerte definitiva, Johnny no veía tanto el rostro exangüe y bovino del Duce liberado por Skorzeny cuanto el de Pavolini y el de muchos otros semejantes a él, nunca vistos pero ahora fáciles de imaginar, como impresos en un cliché.

Dejó que los periódicos cayeran al suelo con un angustiado planear de pájaros fulminados.

—¿Hay novedades en la ciudad?

Su padre se recuperó enseguida, animado por el esfuerzo y la nobleza de la palabra. Nada lo impresionaba, pero le gustaba hablar.

—Poca cosa, si quitas que, según parece, han llegado dos coches de alemanes y de fascistas al hotel. ¿Es cierto que has bajado una noche a casa de los tíos? Mal hecho. No debes moverte. Se necesita paciencia, pero no debes moverte. Piensa en

nosotros, que en casa pensamos que tú estás aquí y eso alivia un poco nuestras preocupaciones; en cambio, tú...

—¡Yo aquí me vuelvo loco!

—¿Eh? —gritó su padre con una angustia airada.

—¡Yo aquí me vuelvo loco! ¡Aquí solo! Además, no veo el peligro de bajar un minuto a la ciudad.

—¿No ves el peligro? ¿Estás en tus cabales? Hasta ahora no ha ocurrido nada, pero ocurrirán tantas cosas que no volverán a secársenos los ojos. ¿Y cómo crees que vivimos en la ciudad para que tengas tantas ganas de bajar? Vivimos como las ratas, casi no tenemos amigos, nadie se fía del otro; ya no nos fiamos ni de los propios carabineros que prestan servicio, nos da escalofríos encontrarnos con ellos. Y si hablamos de algo, puedes contar con que la conversación va de espías. Los fascistas vuelven a levantar la cabeza. ¿Sabes que el hijo del Secretario Federal y el de la DICAT* se han hecho alumnos-oficiales de una nueva escuela fascista? ¿Sabes que el abogado y su hijo se han alistado a una brigada negra?

—¿Qué quieres que sepa aquí arriba? —De pronto se vio asaltado, fulminado por la idea fija de la eliminación física.

No le costaba imaginarse haciendo de justiciero con aquellos connacionales suyos, que no paisanos; se veía ajusticiándolos dentro de sus bellacos uniformes facciosos. No habían ido a buscar uniformes y armas contra los ingleses, sino contra ellos, los italianos, los otros. Pues bien, los italianos los matarían a todos y gracias a una mano italiana ellos no serían carne de cañón inglés...

—¿Has visto a mis profesores? ¿Vienen a preguntar por mí?

* Defensa Contra Ataques Aéreos Territoriales. (*N. de la T.*)

—No he vuelto a verlos, pero seguro que vendrán. Sinceramente, no es que me guste mucho que te veas con el profesor Cocito. Habla demasiado, sin tomar precauciones, y además todo el mundo sabe que es comunista.

—¿Cocito comunista?

¿Comunista? Pero ¿qué significaba y qué comportaba exactamente ser comunista? Johnny no sabía nada, excepto lo de la estrecha relación con Rusia.

—Ahora vete, se hace tarde. —Y Johnny miró el atardecer innatural que se cernía sobre el llano, extinguiendo como un apagavelas todos los reflejos de los tejados de la ciudad. Las colinas... ellas naufragaban en lo violáceo.

—Sí, pero prométenos a tu madre y a mí que no volverás a moverte de aquí. Si quieres estirar las piernas, tienes tu colina, y a una hora inteligente.

Johnny lo prometió y vio descender a su padre, con la caída congénita de sus hombros acentuada, por el sendero que se flouía en el crepúsculo.

Un frío súbito lo hizo entrar. Sentía a su alrededor y dentro de sí una precariedad, una miseria por cuya culpa todo estaba adelgazado, depauperado, espantosamente reducido en comparación con una dimensión humana normal. Un impulso sexual repentino y clamoroso vino a complicarlo todo, a conducirlo todo al apogeo de la crisis. Otra razón para bajar a la ciudad a costa de encontrar alemanes y fascistas en los polvorientos saloncitos démodés. El asunto, que tenía la lívida desolación de una intervención médica, le parecía sórdido pero irrefutable y aumentó su miseria humana, lo hizo verse a sí mismo como un odre repulsivo hinchado de una gravedad insignificante.

Se iba a pique con la presciencia y la previsión de la tarde y la noche. Un fumar encarnizado aunque no vicioso dilapidaría

la ya reducida ración de tabaco, y el insomnio por el exceso de sueño en la rehabilitación, las ideas insensatas y vertiginosas, el impulso sexual que ciertamente se volvería a despertar con una dentada acrimonia... Se dijo con violencia, casi silabeándose: «¿Te acuerdas de cuando eras soldado? Te inquietaba la falta de soledad, muchas veces la vida en común te daba ganas de vomitar. ¿Recuerdas lo que soñabas cuando te hacían marchar en orden cerrado o Fraglia te ponía la cabeza como un bombo con el mecanismo de la ametralladora? Soñabas con estar solo y désengagé en un cuarto más o menos como este, abierto a la vista del río y de la colina, y traducir a tus anchas un clásico inglés cualquiera...». Ahora existían todas esas premisas y posibilidades, con las armas y los hombres agrupados y lejanos más allá de las colinas y del río, en las grandes ciudades fantasmales, en las inmensas llanuras nebulosas y estremecidas...

Se encontró en las manos, como por milagro, el tomo de las tragedias de Marlowe. Tomó asiento con una determinación forzada, gesticulada, abrió y alisó el libro al principio de *La famosa tragedia del rico judío de Malta*. Lo traduciría, emplearía la noche en traducirlo, y no con los ojos, sino con la pluma, lo pondría en papel con una escritura elemental, minuciosa y apretada: la caligrafía como un cepo salvador.

Aunque el mundo crea muerto a Maquiavelo,
su alma solo ha emigrado allende el Alpe;
y ahora que el Guisa ha muerto...

Se puso en pie de un spring, erguido sobre la hoguera de la miseria, de la imposibilidad, cerró el libro con un golpe seco como si quisiera aplastar entre las páginas todos los piojos de

aquella miseria suya. Subió al piso de arriba, entrecerró un poco la ventana abierta a la avanzada tarde piamontesa, a la acuátil vibración del follaje sometido al viento. Se metió entre las sábanas frías, inmediata pero falazmente aplacadoras, y esperó dormirse pronto y despertar avanzada la mañana, pero como se espera el mayor de los milagros.

—I want a woman, I need a girl —he pleaded beyond the ceiling, como para purificar y garantizar su imploración—. I want but to get her young tasteless breathing!